

Augusto d'Halmar

Uno-ninguno



O llamaba a mi zapatero de viejo, el Maestro, como al de Galilea, y a fe que no era sacrilegio, pues no había seguramente en toda la ciudad, un nazareno más auténtico que Farfán.

No que usara barba, ni tuviera ojos azules, ni estuviera en los treinta y tres años. Cano, calvo y afeitado, su rostro curtido y cetrino, se impregnaba en la dulzura de su mirada, disminuída por las gafas.

Y las pobres cosas que lo circundaban, tenían la virtud de brillar suavemente también, a la luz polvorienta de su chiribitil. Un escaparate, donde se exhibían pasajeramente los pares de botines ya restaurados, dábale aspecto de tenducho, y una escala al fondo, era el único acceso al desván, subarrendado por otros inquilinos.

Pero el barrio estaba poblado de mozas de partido y mozos de taberna y de tahona. Y cuando ellos mismos no acudían en alpargatas a traer su calzado desco-

sido, instalábanse con los pies descalzos sobre el piso sembrado de estaquillas y recortes de suela y leían el diario en alta voz, o charlaban mano a mano, mientras el remendón atendía a remediarlos.

Muchas veces me acomodé yo mismo a la estrechez de esa tienda-trastienda. Sobre nuestras cabezas pasaban y pesaban las pisadas de los del altillo, o tumultuosamente descendían los escalones y nos arrinconaban para poder pasar y salir; no por eso el tirapié aflojaba un momento la hebra, ni se cortaba la de nuestra conversación.

Aunque las gentes humildes suelen no departir a sus anchas con las instruídas, ello se debe a soberbia de ambas y, en nuestro caso, debíamos de estar exentos, puesto que tan bien congeniábamos. Hasta parecían completarse nuestras respectivas experiencias, combinando lo teórico y lo práctico en armonioso resumen y, al discurrir, me sacaba mi interlocutor la ventaja del buen sentido del pueblo.

Farfán y yo, cada uno por nuestro lado, habíamos sido tolstoyanos, en la juventud y después fuimos navegantes en barcos y por mares diversos. En el testero del tallercito, amarilleaba un retrato de «El Ultimo Profeta» y una vista de la goleta «Abtao» se desvaía. Yo tenía recuerdos de viaje y mi arte, y él su artesanía y los recuerdos de sus aventuras, y a ambos se nos llamaba maestros; mas, en la vida privada, yo envejecía solo y Farfán sacaba fuerzas de flaqueza, para atender una tardía parvada de hijos con demasiado ca-

mino por recorrer, para el corto que a él iba quedándole. Sólo la sobriedad y la tenacidad del artesano, podían valerles. Trabajaba de la mañana a la noche, y su único sibaritismo solía ser un cigarrillo de los antiguos de papel maíz cabeceados. El olor fuerte del tabaco Joutard, se mezclaba al del cuero y el engrudo y, cuando llovía, a la evaporación de la tierra y a la salobre humedad del aire del mar.

Así veníamos apuntalándonos recíprocamente nuestras filosofías y los inevitables contrastes de la suerte. Me dolían los pies, por los caminos recorridos, y entonces disertábamos sobre modelos y medidas de calzado. Algunas veces interrumpía una observación, porque tenía en la boca los clavos; otras mantenía en suspenso el martillo o la lezna, para captar mejor mis reflexiones. Y de los dos, quien más necesitaba al otro, era yo, pues Farfán se avenía con cualquier vecino.

No sé cuántos años haya podido durar esta amistad. Lo menos veinte que el zapatero tenía su muestra y su banquillo de galeote en la misma calle. Seguramente había visto nacer, crecer y morir a muchos convecinos.

Y he aquí que, tras una breve ausencia, apenas unos meses, he vuelto y casi no he conseguido orientarme. Porque la precaria y derruida vivienda, había sido destruida y reemplazada por una mansión moderna, Y en cuanto a mi Farfán, se han perdido sus rastros, al punto de no saberse siquiera si vive.

Nadie en el vecindario de aquel trecho urbanizado, recordaba ya a ningún zapatero de viejo, ni siquiera

algún sórdido tabuco de zapatería. Hasta me porfió alguien que nunca los hubo en esos alrededores.

Y los veinte años de incesante labor, del amanecer al anochecer; el hornillo que ardía para calentar el desayuno o la cola; la lamparita empantallada que se encendía cuando cerraban la noche y los otros comercios; el alto en el camino de los viandantes; la tertulia de los parroquianos y la lectura en voz alta; las estampas de Tolstoy y de la «Abtao»; el estrépito mismo del camaranchón, todo se había evaporado, hecho humo.

He vuelto a pie, sintiéndome más solo y desandando paso a paso, fatigosamente, mi inútil y duro camino.